

## Review / Reseña

Semán, Pablo, coord. *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2023. pp. 208

**José Fernández Vega**

CONICET-Universidad de Buenos Aires

La irrupción de Javier Milei y de su corriente autodenominada libertaria dio lugar a una catarata de artículos y ensayos en los distintos medios de prensa que intentaba analizar sus causas y características, pero el único libro disponible hasta ahora sobre el tema era una biografía del personaje con el elocuente título *El loco* (Planeta, 2023), escrita por el periodista Juan Luis González. Coincidiendo con el balotaje que llevó a Milei a la presidencia de la Argentina—para sorpresa de todos, incluyendo la de sus colaboradores y votantes—apareció el primer libro académico que intenta desentrañar los motivos por los que surgió ese movimiento cuya carrera electoral se volvió indetenible. *Está entre nosotros*, coordinado por Pablo Semán, incluye cuatro capítulos y una introducción en los que seis investigadores buscan abordar distintos aspectos que confluyeron en el impresionante apoyo popular al “libertarianismo” y a su principal representante.

La última contienda electoral argentina fue un proceso extenso, tortuoso y lleno de expectativas y ansiedades, enmarcado en una larga y penosa crisis económica caracterizada por un prolongado estancamiento, altísima inflación y aumento de la pobreza. En el plano político, la típica crisis de legitimidad que atraviesan tantas democracias en el mundo se había agudizado en Argentina sumiendo en un desprestigio

mayúsculo a los partidos tradicionales y a sus dirigentes. Hubo tres rondas electorales en 2023 y cada una de ellas arrojó distintos resultados, agregando inquietudes a una ciudadanía ya extenuada por los padecimientos económicos.

Desde 2009 se encuentra vigente en el país una polémica instancia denominada PASO (Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias) donde deben concurrir las distintas formaciones para elegir sus candidatos y en las que se seleccionan aquellas que logran suficientes apoyos para presentarse a la primera vuelta de la elección general. Sólo cinco fuerzas superaron el umbral: la de Milei (La Libertad Avanza, LLA) se impuso con un 30,04% de los votos, la oposición de derecha o centroderecha (JxC, según su acrónimo) obtuvo el 28,28% y el oficialismo peronista (UxP) el 27,27%. Otros dos partidos quedaron lejos de estos números. *Está entre nosotros* cierra su panorama en este momento.

Unos dos meses después, en la primera vuelta del 22 de octubre, los resultados se alteraron. La participación fue casi un 10% mayor. LLA se ubicó en segundo lugar con casi el mismo caudal, pero triunfó el oficialismo con el 36,69 y JxC quedó relegada al tercer puesto con el 23,84%. En estas elecciones se renovaron, además, una cantidad de cargos parlamentarios, algunos provinciales y otros municipales, lo cual resultó muy negativo para una fuerza nueva como la de Milei. Su partido apenas logró 38 diputados sobre un total de 257, 7 senadores sobre 72, sólo tres intendencias y ninguna gobernación provincial. Como no hubo candidatura presidencial que se impusiera con los márgenes que establece la ley, treinta días más tarde se tuvo que celebrar una segunda vuelta entre los dos candidatos más votados.

Con casi la misma participación ciudadana, en ese balotaje el orden se invirtió. Milei consiguió congregarse los sufragios que antes se habían inclinado hacia la centroderecha y sumó el 55,69% mientras que el candidato oficialista, Sergio Massa, a cargo del Ministerio de Economía desde hacía un año, sólo el 44,31%. Contra todos los pronósticos el voto en blanco fue insignificante.

Milei era un economista ignoto que trabajaba para un grupo empresario que administra los aeropuertos de casi todo el país y participa en otros negocios incluyendo un canal de televisión. El economista se dio a conocer en esa emisora en 2015 y rápidamente fue convocado por otras puesto que sus maneras extravagantes, a menudo desorbitadas, acrecentaban las audiencias. Su enfática prédica a favor de los postulados radicalmente libremercaderistas de la escuela austríaca, tan novedosos por distantes del sentido común que caracterizaba la escena política nacional, se complementaban con

propuestas que provocaron escándalo, como el comercio de órganos o la libre portación de armas.

Su discurso, a menudo de tono soez, giraba en torno a la denigración de la “casta” política, la sustitución del peso por el dólar estadounidense como solución para la inveterada inflación argentina y el rechazo a toda intervención estatal sobre la economía. Consolidado como figura mediática, Milei formó una agrupación que pasó de la marginalidad a obtener un auspicioso resultado en las últimas elecciones de medio término de 2021 donde tanto él como la que llegaría a ser su compañera en la fórmula presidencial accedieron al parlamento. Desde allí, y en apenas dos años, se proyectarían al poder ejecutivo.

Esta vertiginosa carrera tiene su explicación inmediata en el descalabro de la economía y en la corrosión del sistema político y sus representantes. *Está entre nosotros* pretende sin embargo explorar las mutaciones ideológicas y sociales que son su causa más profunda. Aunque la base de sustentación electoral de Milei obtuvo adhesiones en fracciones de todas las clases sociales, lo más sorprendente para los observadores fue el entusiasmo que su programa de capitalismo absoluto despertó entre los sectores menos favorecidos. *Está entre nosotros* se centra en la explicación de ese fenómeno a partir de entrevistas en profundidad en distintas comunidades, pero sus distintos capítulos también abren perspectivas interpretativas desde otros campos como la sociología laboral y la crítica cultural.

Pablo Semán se dedica desde hace años a explorar las transformaciones ideológicas de las clases populares del conurbano de Buenos Aires, la zona más densamente poblada del país. Trabajó primero sobre la religiosidad en esos ámbitos y desde hace algún tiempo coordina un grupo que viene relevando sus mentalidades, sus prácticas y sus actitudes políticas. En sus indagaciones había detectado, ya en 2019, una creciente corriente de simpatía hacia las posiciones de Milei, algo que no terminaba de convencer a quienes descontaban un predominante encuadramiento popular con el peronismo. Con altibajos puntuales, ese alineamiento fue característico en la política argentina durante más de setenta años y era lo que la volvía tan peculiar (e intrigante) para la mirada extranjera.

Algo se estaba alterando en esa actitud tradicional. La mutación fue producto de una serie de circunstancias diversas, argumentan los autores del libro. Hubo una transformación ideológica y cambios en la cultura masiva, así como nuevas formas de organización política y juvenil. Todo ello respondía a una mutación del paisaje social en buena parte debida a la pandemia. La profundidad de los efectos de esa emergencia se

subestimó, se creía que no perdurarían tras su final. Pero tuvieron un hondo efecto diferido sobre la cultura política.

Los análisis más repetidos adjudican el súbito auge de Milei, carente de respaldos estructurales como los que gozaron Trump o Bolsonaro, al efecto arrollador de las redes sociales y al resentimiento de los varones jóvenes por el tremendo impacto de las movilizaciones feministas que hubo en la Argentina y cuya culminación fue la aprobación de la ley del aborto voluntario a fines de 2020. Por cierto, esos factores tuvieron su gravitación. Pero fue una profunda transformación en el mundo laboral, la pérdida de un horizonte de futuro de los jóvenes y los desfavorecidos, lo que modificó el panorama de los votantes, asegura Semán en la introducción al libro. Como consecuencia, se trastornó la valoración de la intervención estatal, en particular debido a las restricciones impuestas por el gobierno para refrenar la pandemia que afectaron gravemente a aquellos grupos. Estos cambios favorecieron el surgimiento de un fuerte sentimiento individualista y una actitud antiestatal en todos los estratos sociales, pero especialmente entre los más bajos.

Desde luego, muchos otros aspectos llevaron a la victoria de Milei. Sergio Morresi y Martín Vicente advierten en su capítulo un “fusionismo” exitoso entre dos corrientes principales de la derecha histórica argentina, la liberal conservadora y la nacionalista reaccionaria. Ellas confluyeron en un compartido anti-izquierdismo libertario que contrasta con la posición más moderada de la centroderecha que gobernó al país entre 2015 y 2019 y acabó fracasando. Renuente al pragmatismo y al gradualismo, LLA configuró un partido doctrinario que no cede terreno en lo que llaman “la batalla cultural” contra el “colectivismo”, un término que abarca un espectro muy amplio, desde los socialdemócratas a los marxistas y desde el tradicional partido radical argentino, ahora mayormente conservador, hasta el fascismo histórico. Lo que resulta curioso es que, a diferencia de las derechas y centroderechas convencionales, esta nueva derecha radical carece de una hostilidad hacia el peronismo histórico. De hecho, reivindica los gobiernos menemistas de los años 1990, muy neoliberales y alineados con las políticas de EEUU, aunque repudia las gestiones kirchneristas. Con esa estrategia discursiva logró captar muchos votos peronistas.

En su contribución, Melina Vázquez indaga la naturaleza del apoyo juvenil a Milei. Para esta autora, la pandemia habilitó una expresión franca de los pareceres de derecha, antes estigmatizados. Y esas opiniones eran ahora un canal de expresión para las clases populares con empleos precarizados que sufrieron, como ningún otro sector, el desamparo económico que produjo la larga cuarentena decretada por el gobierno

peronista de Alberto Fernández (2019-2023) para controlar la pandemia. La reacción contra el encierro obligatorio derribó las censuras que estipulaba la corrección política. Se extendió entonces un lenguaje público agresivo y desafiante. Esa reacción precipitó otros resentimientos hasta entonces contenidos, como el desprecio a la versión de la historia reciente que se difundía en las escuelas en nombre de la memoria y la verdad sobre la tragedia que significó la última dictadura militar argentina (1976-1983). Se agregaba a eso el rechazo a la enseñanza escolar acerca de la sexualidad promovida por el oficialismo. Lo primero era considerado “adoctrinamiento”; lo segundo, una incursión indebida del Estado en un tema que sólo concernía a las familias. La pandemia generó un clima social que, según Vázquez, marcó un punto de quiebre que suscitó un conflicto generacional entre amplias franjas de la juventud popular y sus profesores e incluso sus mayores. Hay que recordar que desde 2012, y para favorecer la politización juvenil, el gobierno peronista de Cristina Kirchner habilitó el voto a partir de los 16 años. La medida no favoreció al oficialismo en la última elección.

Muchos jóvenes adoptaron una serie de estéticas, ideas y emblemas de la derecha de EE. UU., como la bandera de Gadsden, mientras difundían consignas antifeministas y opuestas al aborto. Estos contenidos reaccionarios se volvieron populares y contraculturales en Argentina. Se oponían, al mismo tiempo, al perfil del votante de centroderecha, puesto que éste se mostraba incapaz de abandonar su representación en un joven de estrato social favorecido, proclive a aceptar ciertas propuestas progresistas a nivel social y cultural, aunque no económico.

De la escena intelectual que configura la nueva derecha radical y de sus batallas culturales se ocupa el capítulo de Ezequiel Saferstein. Esos combates intelectuales, afirma, constituyen un proceso global, aunque tienen manifestaciones locales particulares. El elenco de adversarios es compartido: el aborto, el feminismo, el ambientalismo, la justificación de la asistencia social del Estado, las políticas de memoria y justicia respecto de los crímenes de la última dictadura militar, además el llamado “marxismo cultural” y su cultura *woke* que impone la corrección política. Finalmente, también deploran una supuesta e insoportable presión fiscal a los contribuyentes que intentan sobrevivir con sus trabajos precarios.

Los protagonistas de este enfrentamiento contra la manifiesta hegemonía de la izquierda sobre el sentido común, tal como se diagnostica la situación desde la extrema derecha, son intelectuales *influencers* o activistas digitales enrolados en esta corriente. A la vez, ellos son autores de libros y estimulan la lectura de textos seleccionados para evitar que sus seguidores se alimenten sólo de lo que encuentran en las redes. Difunden

posiciones programáticas y no sólo económicas. Estimulan discusiones morales y políticas respaldadas en teorías. Algunos de ellos alcanzaron proyecciones iberoamericanas.

Contra el estatismo y el izquierdismo que impregnaría toda la visión política vernácula, proponen algo alternativo y buscan la convergencia de las distintas vertientes de la derecha. Como escribió Agustín Laje, uno de las mayores plumas de esta variante, citado en este capítulo, se trata de superar el inveterado sectarismo de la derecha para reunir a “libertarios no progresistas, patriotas no estatistas, conservadores no inmovilistas y tradicionalistas no integristas” (137). Aunque *Está entre nosotros* no lo enfatiza, es preciso reconocer que la corriente que llevó al poder a Milei alentó propuestas doctrinarias de manera intransigente y alentó un debate ideológico mientras sus adversarios sólo agitaban consignas o lugares comunes, sin adentrarse en controversias teóricas más allá del comentario coyuntural. Por cierto, los libertarios también ofrecían soluciones elementales vertidas en frases vacías u oportunistas para consumo masivo y la agitación. Pero, por un lado, resultaban novedosas para el panorama local y, por el otro, no se limitaron sólo a repetirlas.

En la conclusión, Semán y Nicolás Welchinger buscan explicar el magnetismo que produjo Milei entre los desheredados de las periferias sociales. Estos estratos habían apoyado en el pasado al oficialismo kirchnerista, pero el mensaje que recibían de él se había vuelto cada vez más hueco y perdía contacto con su mundo de vida. El argumento que defendía “el rol del Estado como motor de desarrollo con inclusión social” (166) chocaba con la evidencia de una década de estancamiento económico y empobrecimiento. Milei, quizá sin proponérselo, logró diseñar un puente entre la experiencia social real de los sectores populares y el discurso político que enarbolaba. El lenguaje neoliberal y empresarial ya estaba presente en la autodescripción de las prácticas de subsistencia de los jóvenes precarizados. Ellos se consideraban “unidades productivas” (170), aseguran los autores, en busca de progreso material a través de la superación personal en un contexto mercantilizado. El discurso libertario hacía entonces sistema con la experiencia vital de estos colectivos. Por otro lado, ofrecía un cauce de expresión a su resentimiento contra la élite política, fuente de prédicas hipócritas, a la que además consideraban sólo un estorbo para sus actividades, constantemente amenazadas por regulaciones e impuestos. Los políticos mienten, viven del trabajo ajeno, vulneran las reglas que imponen a los demás. La escandalosa noticia del presidente Fernández organizando una reunión de cumpleaños para su esposa en su residencia mientras todo el país debía respetar el aislamiento social significó un golpe

decisivo para su prestigio. La onda expansiva terminó de deslegitimar a toda la clase política y a cualquier medida, sanitaria o no, emanada desde el Estado.

La rabia y la decepción contra la política en general fueron capitalizadas por la candidatura de Milei. Su discurso antiestatal coincidía con un sentimiento extendido en la población sometida a los rigores sanitarios a los que obligó la pandemia. Por otro lado, esa experiencia extrema se combinó con un balance sobre la democracia cuya vigencia ininterrumpida en Argentina cumplió cuarenta años justo en el momento en que Milei asumió formalmente el poder ejecutivo del país. Muchos jóvenes dan por sentado sus libertades civiles puesto que no sufrieron la represión de la dictadura militar. Su experiencia bajo el período democrático es negativa. Para ellos sólo significó penurias, inseguridad, inflación, obscena exhibición de privilegios por parte de la “casta” política (como la denomina Milei) y ausencia de perspectivas. Como afirmó una entrevistada “del futuro lo único que sabés es que mañana todo va estar más caro” (195).

Semán y Welchinger no certifican un giro derechista de los sectores populares sobre los que indagan sino una actitud reactiva frente a las pretensiones progresistas del anterior oficialismo—un discurso vaciado de sentido, irrealista—que contrasta con el deterioro real de las condiciones de vida que esos sectores le atribuyen a los dos últimos gobiernos, el de centroderecha y el peronista.

La emergencia de una corriente derechista radical y popular al mismo tiempo, integrada por jóvenes individualistas y “mejoristas” (cuyo esfuerzo por mejorar sería la única garantía de éxito social, en contraste con aquellos a los que consideran beneficiados por el empleo o los subsidios del Estado) constituye la novedad política argentina. Ese florecimiento no habría sido posible sin la aparición de un líder con características singulares, únicas en el universo histórico de las derechas del país. Dichas cualidades le permitieron convertirse, como escriben los autores, en “intérprete privilegiado del malestar social” (200). A la vez, este vocero del pueblo era visto como un vengador y ofrecía vías de salida simples, comprensibles y compatibles con el mundo de vida popular trastornado por décadas de desintegración social bajo gobiernos democráticos.